

LIBERALISMO TEOLOGICO

Por R. V. Pierard, Elwell Evangelical Dictionary

Traducido y editado por Alberto Mansueti

Original: Theological Liberalism, Modernism

<http://mb-soft.com/believe/txn/liberali.htm>

También es conocido como modernismo, y fue un cambio muy grande en el pensamiento teológico, sucedido a fines del siglo XIX. El concepto es muy difícil de precisar, porque hay mucha variedad de matices en el pensamiento "liberal", que ha cambiado mucho con el paso del tiempo. Y también porque las diferencias entre los "liberalismos" en Europa y América del Norte son considerables.

El propósito principal del liberalismo o modernismo teológico responde al deseo de adaptar las ideas religiosas a la cultura y modos de pensar actuales. Insiste en que el mundo ha cambiado mucho desde que se fundó el Cristianismo, por lo que la terminología de la Biblia y los Credos históricos ya no es entendible por la gente de hoy.

Aunque la mayoría de los teólogos liberales parten de la ortodoxia heredada de Jesucristo como la revelación de Dios salvador, intentan repensar y comunicar la fe en términos más actuales, para ser comprendidos hoy en día. Como lo puso Harry Emerson Fosdick, se trata de expresar la esencia del cristianismo, respetando sus "experiencias obligantes", pero sin identificarlas con las cambiantes categorías con las cuales se han expresado en el pasado.

Los liberales teológicos dicen que el cristianismo siempre ha adaptado sus formas y lenguaje a las distintas y particulares situaciones culturales, y que en todo tiempo hubo "modernistas": los más creativos e ingeniosos para hacerlo.

Un segundo elemento es el rechazo a las creencias religiosas sostenidas sólo en base a la autoridad. Todas las creencias deben pasar las pruebas de la razón y la experiencia, y la mente debe abrirse a nuevos hechos y verdades, independientemente de sus fuentes. No hay temas cerrados, y la religión no debe protegerse del examen crítico, dice el liberalismo teológico.

Porque la Biblia es obra de escritores limitadas por sus épocas respectivas, así que no es algo sobrenatural, ni un registro infalible de la revelación divina; y por lo tanto su autoridad para los liberales no es absoluta. Cierta "esencia del cristianismo" sustituye a la autoridad de la Escritura, Credos, e Iglesias. Significa que no hay ninguna contradicción inherente entre los reinos de la fe y la ley natural, la revelación y la ciencia, lo sagrado y lo secular, o la religión y la cultura.

Una idea central de la teología liberal es la inmanencia divina. Dios es visto sólo como presente y morando en el mundo, no aparte del mundo, o elevado sobre el mundo, como un ser trascendente. Dios es alma y vida, tanto como el Creador. Por tanto, se encuentra en el conjunto de la vida, y no sólo en la Biblia o en unos acontecimientos reveladores.

Como Dios está presente y trabaja en todo lo que sucede, no se puede hacer distinción entre lo natural y lo sobrenatural. La presencia divina se nos da a conocer en cosas tales como la verdad racional, la belleza artística, y la bondad moral del hombre.

La mayoría de los “teólogos liberales” ha tratado de aferrarse al núcleo de la doctrina cristiana, sin embargo, algunos llegaron hasta el panteísmo, consecuencia lógica del inmanentismo radical.

El inmanentismo radical también contribuyó a la adhesión de los liberales teológicos a todas las creencias comunes al “liberalismo” en general, como p. ej. la existencia de un “sentimiento religioso universal” detrás de las instituciones y Credos de las religiones particulares, y la superioridad de las “buenas obras”, tanto en términos individuales y como colectivos, sobre las profesiones de fe y las Confesiones históricas. Por empezar, Dios es visto como el ser que permite al hombre integrar su personalidad, y así alcanzar la perfección.

Todo lo cual requiere la reformulación de muchas doctrinas cristianas tradicionales. Así la encarnación fue vista como la entrada al mundo, en la persona de Jesucristo, de una fuerza moldeadora y redentora de la humanidad, que manifestó y ratificó la presencia real e inmanente de Dios en ella. La personalidad profética de Jesús es la demostración más clara y desafiante del poder divino en el mundo, y es a la vez revelación de Dios y meta anhelada del hombre. Su resurrección fue la continuación de su espíritu y personalidad, como pasa con todos los mortales tras el paso del cuerpo físico.

El liberalismo teológico ve el pecado o el mal como la imperfección, la ignorancia, la inadaptación y la inmadurez, no como el fallo radical y fundamental en el Universo. Esos obstáculos al desarrollo de la naturaleza interna del hombre pueden ser superados, con la persuasión y la educación. Y la salvación o regeneración consiste en la total eliminación de esos impedimentos.

La religión es la dimensión de la vida humana en la que los valores personales alcanzan su máxima expresión, nos dicen los liberales, y su poder espiritual posee cualidades o virtudes terapéuticas. Como por ejemplo la oración aumenta la propia sensibilidad espiritual; y la práctica moral nos brinda los beneficios de la estabilidad, el autocontrol y la paz mental.

Otro rasgo: un fuerte optimismo humanista. La sociedad se está moviendo hacia la realización del Reino de Dios, el cual va a ser un estado de perfección ética

humana. La Iglesia es el movimiento de quienes se dedican a seguir los principios e ideales establecidos por Jesús, el ejemplo más excelso de vida desinteresada, de puro amor y nada de egoísmo; sus miembros son los que trabajan todos juntos en la construcción del Reino. La Escatología liberal mira la obra de Dios entre los hombres no como de castigo por el pecado, sino de redención y salvación, la cual se perfecciona y logra en el curso de un continuo progreso “ascendente”.

Orígenes y desarrollo: Kant y Hegel

El liberalismo teológico se originó en Alemania, en el siglo XIX, confluyendo varias vertientes teológicas y filosóficas. A su vez el pensamiento alemán tuvo gran impacto en las teologías inglesa y estadounidense, pero corrientes propias en ambos países, como la tradición de la “Iglesia Ancha” (Broad Church) en Inglaterra, y el Unitarismo en EE.UU., contribuyeron mucho al desarrollo del liberalismo teológico.

El idealismo ético y el rechazo de todo razonamiento trascendental en temas de religión según Kant, consideró limitado el conocimiento racional, y abrió el camino al puro sentimiento en la fe, vía seguida por Schleiermacher, quien introdujo la idea de la religión como una condición del “corazón”, cuya esencia es el sentimiento.

Esto hizo de la doctrina cristiana un tema separado de los sistemas filosóficos, de la fe un depender de Dios según la experiencia individual de cada quien, y de Jesús la realidad perfecta de un ideal de nueva vida, en comunión espiritual con Dios, posibilidad que también existe para los que le siguen en la Iglesia.

Hegel fue en otra dirección con su idealismo absoluto, poniendo de relieve la existencia de una estructura racional en el mundo aparte de las mentes individuales de sus habitantes. “Todo lo que es real es racional”, y la realidad es manifestación de la “idea absoluta”, o sea la mente divina. A través de un proceso “dialéctico” de flujo y reflujo en combate histórico, gradualmente la razón supera la irracionalidad, y el bien triunfa sobre el mal. Las principales contribuciones de idealismo hegeliano apoyaron la idea de inmanencia divina, y fomentaron la “crítica” bíblica e histórica.

Las ideas de F. C. Baur y la Escuela de Tubinga sobre los orígenes y el desarrollo temprano del cristianismo en el Nuevo Testamento, siguieron los principios de la evolución histórica según Hegel. E igualmente fue con Graf y Welhausen en los estudios de Antiguo Testamento. La “Alta Crítica” puso en duda tanto la datación como la autoría de gran parte de la literatura bíblica, y por ello rechazó la interpretación tradicional de las Escrituras como revelación divina.

El cristianismo fue visto sólo como el simple cumplimiento histórico de la religión natural, culminando en la auto-revelación del Espíritu inmanente. La

"vida de Jesús" fue estudiada para despojarle de las formulaciones y ropajes dogmáticos de la Iglesia y volver al personaje humano histórico y concreto. Las investigaciones comenzaron con D. F. Strauss, siguieron con E. Renan y J. R. Seeley, y alcanzaron su clímax con Harnack.

¿Y qué se supone que hallaron detrás del humo y la pantalla de la teología y la filosofía helenística? La enseñanza de una religión ética simple y sencilla, resumida en la paternidad de Dios y en la hermandad entre los hombres. Insistiendo en que el cristianismo debe basarse en el tipo exacto de persona que era Jesús, quisieron encontrar al "Jesús de la historia", tras el "Cristo de los Credos".

La influencia de Hegel fue un tanto modificada por Ritschl, con su hincapié en la importancia de la fe y de la experiencia religiosa. Valoró la ecigencia del cristianismo como único, pero argumentó que la experiencia cristiana debe basarse en datos objetivos de la historia, y no en sentimientos personales. Ritschl vio el cristianismo como una vida de acción para librar al hombre de las pasiones esclavizantes de su propia naturaleza, y del determinismo de su entorno físico. Pensó que todas las declaraciones religiosas son juicios de valor relativos a la propia situación espiritual, pero tienen sus consecuencias prácticas.

La teología de los valores morales de Ritschl alude a un "Evangelio a dos polos": la obra redentora de Cristo, y la comunión de las personas redimidas, que conforman el Reino de Dios. En ese Reino se logra perfección moral, y por tanto se es como Cristo. Dios es inmanente y trascendente, y es persona, todo al mismo tiempo.

Por otro lado, los liberales teológicos acogieron con satisfacción las aparentes conclusiones de "la Ciencia", y le dieron mucha y fácil cabida al desafío de Darwin y el evolucionismo darwinista. La tal evolución reivindicaba la inmanencia de Dios, ya que explicaba cómo ha sido que Dios creó el Universo: lentamente y a través de las leyes naturales.

Después de todo Dios también se reveló a sí mismo a través de un proceso evolutivo: los israelitas comenzaron con sus ideas retrógradas y sanguinarias, y gradualmente llegaron a entender que el Dios justo sólo puede ser servido por los justos, misericordiosos y humildes. Y Dios después se retrató en Jesús, como el Padre amoroso de todos los hombres. La redención también es una transformación gradual del hombre, desde un estadio primitivo, a su nueva condición de hijo obediente a Dios.

Este enfoque alegadamente "científico" se aplicó a la teología bíblica y crítica, disciplinas que se consideraron como "abiertas a toda verdad". Al igual que en el reino físico, la cultura y la religión también evolucionan, y no hay antagonismo fundamental entre el campo de la fe y el de la ley natural.

Liberalismo teológico por países

Este modernismo estuvo muy presente en el protestantismo francés. Auguste Sabatier enseñó que la religión debe entenderse como vida, no como doctrina, y captarse mediante la psicología religiosa y el estudio histórico de los documentos en los que queda huella de la conciencia religiosa del pasado.

Según el católico Alfred Loisy, la esencia del cristianismo es la fe en el curso de la Iglesia y no sólo en las enseñanzas de Jesús, y es constantemente remodelado por el presente. El modernismo entre los católicos tuvo fuerte implante en Francia y Gran Bretaña, y en menor medida en EE. UU., pero fue eficazmente anulado a principios del siglo XX por el Papado.

En Inglaterra el liberalismo teológico, relacionado con la tradición "latitudinaria", recibió la adhesión de prominentes eclesiásticos de la "Iglesia Ancha", como por ej. Benjamin Jowett, que abogó por una definición más amplia del dogma cristiano. Los modernistas anglicanos fueron claramente británicos, individualistas y proclives al compromiso, con tendencia a combinar la natural humanidad de Jesús con la doctrina de su divinidad.

Tal vez el más controvertido fue el metodista R. J. Campbell, crítico de la ortodoxia por su "dualismo en la práctica", que llevaba a la gente a pensar en un Dios como por encima y apartado de su mundo, en lugar de un Dios que se expresa a través de su mundo. Hizo hincapié en la unidad íntima de Dios con el hombre y el universo, bordeando el panteísmo. En general, el liberalismo británico tendía a ser teórico y académico, y moderado en el entusiasmo humanista.

En EE.UU. la principal fuente del liberalismo religioso fue el Unitarismo, que ya había cambiado las doctrinas de la soberanía divina, del pecado humano y de la revelación bíblica, aun antes de que el pensamiento alemán comenzara a hacer sentir su presencia. Por la década de los años '90 la mayoría de los teólogos de peso habían estudiado en Alemania, y muchos aceptaban los principios de la Alta Crítica y el darwinismo. Su liberalismo teológico tenía un fuerte sentido de activismo, y la sensación de que Dios está presente y activo en los grandes movimientos de avance de la cultura humana.

Los teólogos liberales se preocupaban por la construcción del Reino de Dios, promoviendo ese "liberalismo aplicado" conocido como "El Evangelio Social" (Social Gospel), machacando en la necesidad de modificar la sociedad corrupta, que a su vez corrompe al hombre.

Los "evangelistas sociales" hablaban de un "Reino" en el que los hombres vivirían como hermanos en un espíritu de cooperación, amor y justicia. La Iglesia debía su vez saltar del concepto de salvación para pecadores individuales, al de acción colectiva para salvación de la sociedad. El logro de una vida mejor en la

tierra sustituyó a la preocupación por el más allá, y para ello se esperaba que Cristo y los valores cristianos conquistaran el mundo. El progreso se podía ver en el avance de la democracia política, el movimiento por la paz mundial, y los esfuerzos para terminar con la discriminación racial.

Declinación y persistencia

Al comenzar la I Guerra Mundial, el liberalismo teológico había hecho muchos avances en iglesias protestantes de Europa y América del Norte, pero se apoyaba en inestables bases. La Gran Guerra hizo añicos ese optimismo embriagador, que fue su baza más atractiva; y llegaron los conservadores a contraatacar.

Los “fundamentalistas”, llamados a veces confesionalistas o pietistas, denunciaron al liberalismo, como lo puso J. Gresham Machen, porque “no es cristianismo en absoluto, es otra religión, tan por completo diferente al cristianismo que más bien pertenecen a categorías distintas.”

El reto de los fundamentalistas fue más o menos resistido por los liberales, pero una amenaza más seria les vino de los sofisticados teólogos de la llamada “Neo-Ortodoxia”, que exigían recuperar la trascendencia de Dios, y una doctrina realista del pecado.

El liberalismo teológico hacía énfasis en la libertad y en la auto-determinación humana, y así dio bendición religiosa al esfuerzo del hombre moderno por controlar su propia vida mediante su razón autónoma, y mejorar sus condiciones, confiando en su propia bondad. Para ello trató de negar el poder abrumador del pecado y del mal, pese a que en tantas ocasiones frustra las aspiraciones humanas.

La Neo-Ortodoxia sugirió que los liberales no entendieron bien la mala situación del hombre, o la doctrina de Dios que daba el remedio. Y así transformaron el cristianismo en una especie de elevado humanismo ético, pero que poco podía ofrecer a la humanidad atrapada en las tribulaciones de la vida moderna. Y en sus esfuerzos por no separar lo sagrado de lo secular, los teólogos liberales terminaron casi identificando lo uno con lo otro.

Los liberales también se habían hecho muy dependientes de la búsqueda del “Jesús histórico”, y Albert Schweitzer les demostró que el Jesús que los investigadores fueron descubriendo, tenía una visión del mundo apocalíptica, y otras enseñanzas muy diferentes de las que ellos habían pensado.

La escuela de la “Historia de las Religiones Comparadas” llevó la idea liberal del desarrollo evolutivo hasta su lógica consecuencia, retratando al Cristianismo como otra religión sincretista del Antiguo Oriente Cercano. Esto fue negar su carácter único, y la autoridad del canon bíblico. El Cristianismo era sólo una entre

muchas religiones, ligadas todas a sus tiempos y circunstancias, y sin pretensión justificada alguna de ser definitiva.

En la década de los años '30, algunos liberales se corrieron mucho más a la izquierda todavía, hasta romper casi por completo con el Cristianismo. Algunos adhirieron al humanismo secular, y firmaron el "Manifiesto Humanista" del año 1933 (después Manifiesto Humanista I), repudiando la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, lo sobrenatural en general, y sustituyendo todas estas creencias por la fe en el hombre y sus capacidades. Otros se identificaron con una filosofía empirista de la religión, basada por entero en los métodos científicos y la experiencia humana.

Neo-Liberalismo teológico

No obstante, no murió el liberalismo teológico. Un grupo de "evangélicos liberales" en EE.UU., como H. E. Fosdick, William Brown, Rufus Jones, Henry Sloane Coffin y otros, predicaron que Dios es a la vez immanente y trascendente, que la Biblia, Jesús y el Cristianismo son únicos, y que a Cristo se le debe aceptar como Señor de la propia vida.

Una generación de "Neo-liberales" criticó entonces al viejo modernismo, por su intelectualismo, su sentimentalismo excesivo, su concepto muy degradado de Dios, y su acomodo al mundo moderno, que le impidió lanzarle un desafío ético. Personas como W. M. Horton, John C. Bennett, y H. P. Van Dusen convocaron a buscar a Dios tal como es realmente, y a pedir y a obtener su ayuda para enfrentar la difícil condición humana: el pecado.

En Alemania la academia liberal estaba dominada por gigantes como Bultmann, con su énfasis en la crítica desmitificadora del Nuevo Testamento para que el hombre moderno pudiera entender lo que es la fe cristiana. Y Tillich, preocupado con el fundamento último del ser, sugiriendo que Dios no podía ser descrito en símbolos temporáneos que cambian de era en era, y que sólo podía encontrarse mediante la experiencia.

Dietrich Bonhoeffer extendió la idea de un "Cristianismo sin religión", con una Iglesia ocupada en Cristo y no en las ideas religiosas. Vivimos en un mundo adulto que ha alcanzado la mayoría de edad, dijo, y que rechaza el camino de la religión, por ser una muleta psicológica. Los cristianos deben dar un paso de fe, oyendo a Jesús el "hombre para los demás", en costoso discipulado.

Por fin para los años '60, la mayor parte de los liberales ya había abandonado aquel viejo optimismo humanista, el immanentismo cultural "progresista", y hasta el sueño de un Reino terrenal, porque para nada de esto hubo espacio en su interpretación no literal de la Biblia.

Pero muchos renovaron su interés por la “Teología natural”, subrayando la trascendencia de los cambios sociales. Otros teólogos "seculares" y "radicales" hablaron acerca del concepto tradicional de Dios como "muerto" en esta era secularista, glorificando al “Dios que viene a nosotros”, inmerso en los procesos de cambio social. Y optimistas de nuevo acerca de las posibilidades creativas abiertas al hombre secular, elevaron el amor como norma suficiente de conducta moral, aunque reafirmando el señorío de Cristo y su llamada al discipulado.

BIBLIOGRAFÍA

J. Dillenberger y C. Welch: Protestant Christianity Interpreted Through Its Development

W. Pauck: The Heritage of the Reformation

B. Reardon: Liberal Protestantism

D. E. Miller: The Case for Liberal Christianity

H. Zahrnt: The Question of God: Protestant Theology in the Twentieth Century

W. R. Hutchinson: The Modernist Impulse in American Protestantism

L. J. Averill: American Theology in the Liberal Tradition

K. Cauthen: The Impact of American Religious Liberalism

R. J. Coleman: Issues of Theological Conflict: Evangelicals and Liberals
